

# EL JUVENIL

QUINCENARIO DE LA JUVENTUD

AÑO I

SAN JOSÉ, 12 DE OCTUBRE DE 1914



## LA JUVENTUD

Toda juventud es inquieta. El impulso hacia lo mejor sólo puede esperarse de ella; jamás de los enmohecidos y de los sencillos.

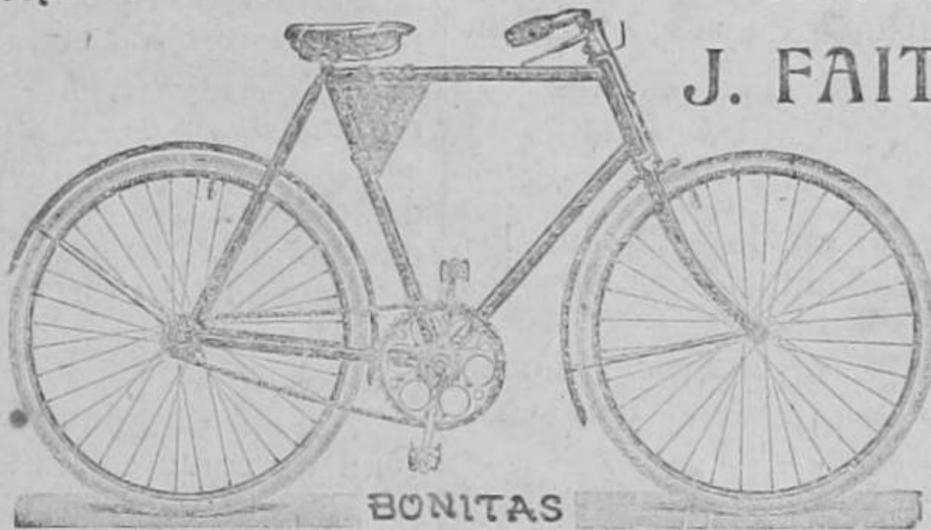
Y sólo es juventud la sana e iluminada, la que mira al frente y no a la espalda; nunca los decrepitos de pocos años, prematuramente domesticados por la moral de las mediocracias; en ellos parece primavera la tibieza otoñal, y toda ilusión de aurora es ya un apagamiento de cre-

## Taller de bicicletas Detrás del Teatro Nacional

Apartado 410

San José

J. FAIT



Acabamos de recibir bicicletas propias para regalos de Noche Buena.—Surtido completo de accesorios para cualquier bicicleta; algunos para automóviles, patines, timbres y cornetas para coches, llantas de hule para cochecitos y velocípedos, etc.

De ocasión dos cámaras fotográficas, una para tarjetas postales directamente, y otra para placas 5x7, las dos son nuevas.

púsculo. Sólo hay juventud en los que persiguen con entusiasmo una perfección; por eso en los caracteres excelentes puede persistir sobre el apeñuscarse de los años. Nada cabe esperar de los hombres que entran a la vida sin afebrarse por algún ideal; a los que nunca fueron jóvenes pareceles descariada toda soñadora inquietud. Y no se nace joven: hay que adquirir la juventud. Y sin ideal no se adquiere.

JOSÉ INGENIEROS

Fotografía Imperio  
DE  
**HERNÁNDEZ HNO.**

CALLE DE LA ESTACIÓN  
50 VARAS DEL  
PARQUE DE  
MORAZÁN

RETRATOS EN TODOS  
— LOS ESTILOS —  
ÚLTIMAS —  
NOVEDADES

# Colón y América

"La Historia no recuerda otro caso de una inteligencia tan alta puesta en conjunción con un carácter tan noble y vigoroso. Colón es una estrella doble. Es un granito que parece hecho de luz. Por su entendimiento es incomprendible en su época. Por su voluntad es incomprendible en la nuestra".

Antonio Zambrana

SE ha discutido hasta la saciedad el origen de Colón. Los italianos lo reclaman como un compatriota suyo y los españoles a su vez también se disputan ese honor.

Fué genovés?

Fué gallego?

¡Qué más dal

Fué el más sublime y audaz de todos los locos grandiosos que la Humanidad de todos los siglos haya contemplado y eso basta.

Un loco formidable: diríase una roca inmensa en medio océano, pero una roca con corazón y con conciencia.

El atrevimiento de su fantasía; la profundidad de abismo de su pensamiento apenas podrían compararse con potencialidades cerebrales de la altura de Alighieri, Hugo o Nietzsche. Es verdad que el genio florentino y el coloso galo y el sombrío germano llegaron al Himalaya de la gloria por un sendero distinto al que siguió el inmortal navegante, pero, cuando se llega a esas cumbres vertiginosas ¿acaso hay distinción entre los genios? El genio es uno. Así llegue a la región del vértigo por la escala luminosa del Arte y de la Ciencia, o así llegue como Colón: sobre las ondas tumultuosas del océano. A esas alturas no alcanza el pensamiento de los hombres. Es la región de los astros.

La utópica Humanidad llama locos a sus genios porque nos los comprende: fué esa Humanidad la que un día acercó el pomo de cicuta a los labios de Sócrates; fué la que hizo levantar el patíbulo para Galileo; fué la que aherrojó con cadenas a Colón porque descubrió un Mundo nuevo.

Ese loco navegante, vencedor de la Quimera, no puede tener por patria el limitado espacio de una sección marcada por los hombres con líneas que sólo se aprecian en las cartas geográficas; nó: la patria de Colón, si queremos darle alguna, es el Mundo. Su pedestal es la Tierra misma cuyos ejes parecen rechinar de impotencia al sostener tanta magnitud.

\*\*\*

Aquella tierra virgen que ocultó su rostro ruboroso cuando sintió sobre su faz la miradas del

audaz conquistador que a través de un mar infinito llegaba, tuvo un estremecimiento cuando se vió expuesta a la contemplación de todo un mundo absorto. La América virgen fue violada. El viento de la conquista en rachas huracanadas sopló violentamente sobre sus pampas y sus montañas. Los pumas y los cóndores huían espantados ante aquellas crecientes oleadas de invasores. La mano férrea de la Civilización se hacía sentir en todo.— A su impulso las selvas se transformaban en ciudades, las montañas en llanuras, los torrentes en remansos.

La Civilización nada respeta. Ni las guaridas de las fieras ni los nidos de las avejillas tímidas: todo cae bajo su fuerza demoledora que crea destruyendo. La roca informe se torna en palacio bizantino y en templo gótico de factura irreprochable.

Si por un minuto se levantara Colón de su tumba y contemplara su mundo!..Oiría la queja de su hija que todavía llora la tremenda herida que le infirieron los Calibanes del Norte en su parte más sutil y delicada: para comunicarse más ligero de un mar a otro mar, dicen ellos; pero no comprenden que el estremecimiento de dolor cruzó por las vértebras del Ande con un clamor de muerte. ¡Tremenda herida hecha con la facilidad con que "una ciclópea guillotina cortara un grácil cuello", según la bella expresión de José Ingegneros! Y allá, en la floreciente República del Plata, cuando la ingeniería llevó a cabo la magna empresa del ferrocarril trasandino fue necesario abrir brecha en el alma misma del ande: otro estremecimiento de dolor!

Cristóforo Colombo: Eso es lo que queda de tu América virgen. Un mundo civilizado y rico que es hoy árbol poderoso que fructifica y florece admirablemente.

Ah! Pero tu América, apesar de su grandeza, ¡pobre navegante! parece estar triste y enferma.—

Al Norte, Calibán entronizado impera. En la patria de Moctezuma, Caín triunfa. Y en todo el espíritu de tu raza hay gérmenes morbosos.

Qué bien te supo comprender el mago admirable de Rubén Darío, ese Benvenuto de la Poesía, cuando comenzaba un bello poema, escrito para ti, con esta lamentación tan sentida:

"¡Desgraciado Almirante! Tu pobre América, tu india virgen y hermosa de sangre cálida, la perla de tus sueños, es una histórica de convulsivos nervios y frente pálida."

J. V. L.

## La caja de zinc

Para R. Y. B., amistosamente.

El Mayenne, el gran trasatlántico, la última palabra del progreso náutico, iba a zarpar al anochecer.

Los cargadores entraban apresuradamente, con pesados fardos, equipajes, canastillas de viaje o cajones aplastados, protegidos por varillitas metálicas. Subían la escalerilla. Enormes gotas de sudor transparente caían de sus frentes rojizas. Arriba regateaban humildemente el precio de su trabajo con los pasajeros de primera, que titubeaban pagar el sobrehumano esfuerzo hecho por aquellos pobres hombres, flacos y encorvados, con las piernas temblantes por la enorme fuerza que desarrollaban alzando las valijas repletas, de costados hinchados, por el pesado contenido.

Los marineros subían, alegres, fumando.

El capitán con uniforme azul, de botones de oro, serio, en el puente, dirigiendo todo.

Los pasajeros, con lijeros trajes, sombreros de pita y camisas de inmaculada blancura. Ellas también vestían de blanco. Todo el mundo de este color, y éste por todas partes.

El puerto lleno de curiosos.

Sentado en un guarda-cantón, un hombre muy flaco, vestido en harapos, monologaba:

—¡Si yo tuviera lo que vale el pasaje de tercera! Pero... ¡Nada! No tengo nada! ¡Qué felicidad ver a mi hijo...mi familia... el pequeño debe estar grandecito...lindo. Si yo pudiera ir... Si alguien me llevara! Iría aunque fuera echándole carbón a la máquina... Volver a verlo... a besar su cabecita... ¡todo por 50 pesos!... 50 pesos que se gasta cualquiera en un rato... para divertirse. La alegría que se puede proporcionar un rico, gastando indiferente un puñado de monedas, es la alegría de un gato ahito que se encuentra una mariposa de aterciopeladas alas... la que me proporcionaría yo con ese valor, que ansío, sería la de un niño que cansado de perseguirla al fin la siente palpar en su pañuelo; sería la santa alegría de un pobre padre que va a ver a su pequeño, después de muchos años, para abrazarlo temblando de amor... Yo que he arañado durante toda mi vida la tierra, fertilizando con mi sudor sus surcos y metiendo miles en las cajas de muchos que me explotaban como se explota una bestia de carga... cumpliendo hasta exagerar la penosa ley del trabajo, llevando resignado sobre sus hombros su pesado madero... no tengo ni con qué ver a mi familia...! Yo soy capaz de meterme de contrabando en las bodegas de ese buque. Tal vez llevando un equipaje me quedo allí... lo llevo, me escondo ¡y que sea lo que Dios disponga! pero... ¿y si me encuentran...? ¿Con qué derecho... so-pillo! trata Ud. de viajar gratis, estafando a la empresa?... me diría el capitán... y con razón.

\* \* \*

La música de a bordo tocaba alegres vales. El hombre sintió cólera contra

aquella música. ¿Por qué tocaban? ¿Era que no les importaba que él estuviera triste? ¿Era que la bulliciosa multitud se movía de sus lágrimas con la hiriente ironía de unos vales alegres? Pero... muchos de los pasajeros estarían también tristes, dejarían a algún ser querido... como cuando él salió de su país. ¿Por qué tocaba la música a bordo? Para animarlos, para consolarlos quizás?

¿Pero por qué hacían eso? ¿Por qué siempre personas desconocidas tratan de consolar a uno? ¿Qué les importa a bordo? ¡Ah... sí! Pagaban y con su dinero tenían derecho de hacerse alegrar con vales. Si contara su pena a alguien ya veía la sonrisita de desdén, o la fingida compasión, o los inútiles consejos. Casi creía que ni otro padre comprendería sus ansias. Quién sabe... siempre cada uno cree ver las cosas de un modo superior a los demás.

¿Orgullo? ¿Amor propio? ¿Convicción de un alma superior? ¿Quién sabe?

\* \* \*

Un señor gruesísimo, de abultado abdomen, con chaleco cuadriculado, sombrero canelo, diamantes en la pechera de la camisa y en la cadena del reloj, venía jadeando con un gran equipaje en la mano.

Se lo llevo, señor?

No, yo lo puedo llevar.

No le cobraré nada, señor

El caballero lo miró de arriba a abajo estupefacto. ¿Era que había algún imbécil que trabajara gratis? Sería algún empleado del buque, pensó, y le dijo: ¡Sea! entregándole el bulto.

El hombre subió precedido del caballero, la escalerilla.

¿Dónde pongo ésto?

¿Adonde lo había de poner...? ¡En la bodega!

Las cadenas del buque chirriaron. El ancla acaba de salir del agua. En sus retorcidas puntas aún habían mariscos y restos de la flora del fondo.

Los del puerto agitaban los pañuelos.

Algunos lloraron. ¡Cuántas lágrimas no ha costado el arranque de una locomotora en la estación, o la salida de un trasatlántico en el puerto!

El buque comenzó a caminar, impulsado por las revoluciones de las hélices, echando espeso humo, por sus narices negras, las chimeneas, como si se le quemaran las entrañas.

Como ya era de noche, las lámparas del buque estaban prendidas y su luz se reflejaba como manchas de sangre en un mar tranquilo, como un estanque enorme de aceite. Con la suave brisa apenas se irizaba la superficie de su azulado vientre.

Aun llegaban al puerto los apagados acordes de la banda de a bordo, poco a poco se hicieron imperceptibles... ya no se oyeron... el buque desaparecía en el horizonte. Todavía se veían en sus costados diminutos bultos blancos que agitaban pañuelos. Después ya no se vio nada. Es una cosa extraña, pero siempre se siente una vaga melancolía, cuando un buque que hemos visto mecerse airoso en las aguas del puerto, lleno de alegres pasajeros, desa-

parece poco a poco en el lejano confín.

\* \* \*

Un bulto negro se mueve entre las tinieblas de la bodega. Es el hombre. Ya está seguro de llegar a su país, y está contentísimo. Sobre su cabeza resuena la música alegre, que antes le encolerizaba.— Ahora le agrada.

¿Por qué ahora sí y antes nó?

Porque depende del estado de ánimo para que una cosa nos guste o nos desagrade. Y según estos cambios se muda de parecer.

Respecto al alimento durante la travesía, de noche iría a la despensa donde biscochos y agua estarían en abundancia. ¿Qué más? ¿Si iba a ver a su hijo?

Ahora lo que necesitaba era esconderse en un sitio seguro, donde no lo encontrarán.

En un rincón vió unos cajones. Prendió una cerilla y se dirigió allá. El que mejor le pareció para esconderse era uno grande. Tenía la parte superior pronunciada en forma de joroba. Parecía muy pesado y tenía color de mohó; era de zinc.—

¡Adentro, pues! La tapa era pesadísima. Ya estaba abierta. Prendió otra cerilla y se asomó. Vió algo que reflejaba en toda la superficie del cajón.

Tanteó: era frío y duro. ¿Qué será esto? Arrimó la cerilla. Era un vidrio. Bajó la cara al vidrio para ver lo que había en el interior. De pronto quedó petrificado. Los cabellos se le erizaron. El corazón se le paró durante algunos segundos y después comenzó a palpar estruendosamente. En las sienas le martillaban las arterias. Estaba helado y palidísimo, color de papel mascado. Gruesas gotas de sudor resbalaban por el vidrio.

En el interior del cajón, envuelto en sábanas y paños blancos, había un muerto. Con las facciones angulosas de momia egipcia, con la cara cenicienta, con barba roja, los miembros agarrotados y los ojos muy abiertos y muy fijos en él.

Era un rico que había ido al extranjero a curarse y volvía embalsamado a su patria. El corazón era su sepulcro ambulante. El hombre parecía también muerto. La cerilla se consumió en sus dedos quemándose. Fuerte olor a carne chamuscada se esparció por la bodega. Luego que la cerilla se apagó en sus dedos volvió en sí. La oscuridad completa era menos pavorosa que aquella penumbra de antes, con los ojos del muerto fijos en él. Empujó frenéticamente la tapa que cayó con estrépito. Luego afianzó las manos, con todo el peso de su cuerpo, como para impedir que se escapara el cadáver, y chocando con los cajones salió corriendo, subió la escalera y llegó jadeante... con los ojos abiertos, como de loco, mostrando, la blancura del fondo, los dedos crispados, resoplando como una caldera de vapor, fué hacia los pasajeros que echados en perezosas, charlaban alegremente, y gritó con una voz que no parecía humana, gutural, horrible, silbante:

¡El muerto! El muerto!

MARIO GONZÁLEZ F

5 | x-14.—Lunes.

## ROBERT HERMANOS

Almacén de ropa hecha y novedades



Ahora en tiempo de crisis mantene-  
mos un completo  
surtido en ropa pa-  
ra niños, jóvenes y  
caballeros, a pre-  
cios demasiado ba-  
jos. Al contrario de  
otros comerciantes,  
mas bien hemos re-  
bajado los precios;  
pero vendemos só-  
lo al contado.

### OCASION:

Barata vendemos  
una máquina de es-  
cribir "Oliver"; ca-  
rro grande, y con  
tabulador.

Suscríbese a "El Juvenil"

## Noches de Apolo

Precioso salón de baile combinado con  
cinematógrafo, hay en el Teatro Apolo, al  
que asiste muy numerosa y selecta concu-  
rrencia.—Se exhiben preciosas películas.

## Se venden

En completo buen estado y a precios  
sumamente bajos, los siguientes artículos:

Una máquina de calar, otra de escri-  
bir, un torno, un fonógrafo con algunas  
pistas y una preciosa guitarra.

Entenderse con el Director de este  
periódico.

Necesita Ud.  
un buen traje?

==corra donde==

**GONZALO ARTAVIA**

que es un verdadero sastre

Toda la gente de buen gusto encarga  
su ropa en este taller.

Es uno de los más antiguos, y jamás  
ha salido un cliente a disgusto.—Todos los  
operarios son maestros en el arte.

Especialidad en el verdadero ESTI-  
LO AMERICANO.

Calle de la Estación del Atlantico  
frente a la fotografía de Robert

Quiere Ud. calzar  
el verdadero estilo  
americano?

diríjase a la zapateria de

**R. Aquiles Sanchez**  
*Calle Central Sur*

Completo surtido de  
calzado fino y ordina-  
rio para señoras, niños  
y caballeros.

A pesar de estar tan  
caros los materiales,  
por causa de la crisis,  
se ha hecho una gran  
rebaja en los precios.

